

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN textos y documentos

Número 313

Barcelona, 11 de Diciembre de 1937

Av. 14 de Abril, 556

Leyendo la prensa de Franco

Por Nicolás GUILLÉN

No hay literatura de más gruesa calidad humorística que la que está haciendo, muy en serio, la prensa fascista española. «Unidad» y «El Diario Vasco», de San Sebastián; el «Heraldo de Aragón», de Zaragoza; el «Diario de Burgos», etc., son un tristísimo exponente de los peldaños que puede descender la inteligencia cuando se halla pagada por la traición. Basta hojear cualesquiera de esos periódicos para soltar la carajada; de tal modo cómico se retuerce en ellos el ditirambo y se empuqueñecen los más altos atributos de la dignidad en el hombre.

Si no estuviéramos convencidos de que cuanto allí se escribe va enderezado a adular descaradamente a Franco y sus secuaces, juraríamos que toda esa prosa amelcochada brota de la pluma de ironistas geniales, de verdaderos maestros del humor que gozan deformando grotescamente a los seres que viven a su lado, a fin de pasar el tiempo del mejor modo posible. La verdad es, por el contrario, que son majaderos redomados, simples plumíferos a sueldo, en cuyo espíritu no ha brillado nunca la más pequeña luz de elegancia y de buen gusto. ¿Queréis pruebas? Pues vamos a hacer en seguida una breve revisión de algunos ejemplares de periódicos fascistas que tengo en mi poder, y de los hombres que escriben en ellos. Empecemos por el más significativo de éstos. Empecemos por un poetaastro que se llama José María Pemán y Pemartín, a quien Franco acaba de nombrar miembro del Consejo Nacional de Falange Española y de las Juventudes Obreras Nacional-socialistas. Oigamos a Pemán explicando lo que es el «imperio» de Burgos:

Una definición imperial

«No falta todavía quien nos pregunte con cierto tono de ironía—dice el «Heraldo de Aragón», de Zaragoza, correspondiente al 24 de octubre último—qué quiere decir eso de «imperio», tan prodigado ahora. ¡Pobres almas convelescentes de los años pasados, sufren todavía de inquietud escéptica frente a todas las grandes mayúsculas! Es preciso que los que, gracias a Dios, tenemos el alma joven y clara, aleccionemos, sin ira, a esos convelescentes del pasado, y les expliquemos que IMPERIO no tiene nada que ver con todo el viejo recetario arbitrista. Imperio quiere decir, por ejemplo—sigue escribiendo Pemán—una actitud vital, un temperamento y modo que determinados pueblos recobran siempre que se tonifican, se encuentran a sí mismos y «vuelven a ser». No es una cosa que se decide programáticamente o se propone. Se es o no se es imperio: como se es o no se es sanguíneo; como se es o no se es poeta...»

Sin embargo, el exégeta comprende aquí que esto no está muy claro, que en toda esa cursi palabrería impera una vaciedad realmente imperial, y entonces se decide a soltar su fulminante definición:

«Más concretamente, para que acaben de entenderme las mentalidades convelescentes y debilitadas, a las que aún asustan las mayúsculas: IMPERIO quiere decir, por ejemplo, que de pronto todos los niños de España quieren ser marinos o aviadores...»

¡Ya está! He aquí una fórmula clara, fina, sintética, para ubicar en nuestro conocimiento el imperio de Franco, y la cual trasparamos a quienes no sólo en Burgos, sino en todas partes, andan preguntando con inquietud escéptica y con «cierto tono de ironía» en qué consiste la aventura en que está metido desde julio el antiguo déspota de Marruecos. Lo malo es que al pobre Pemán se le olvidó añadir que los aeroplanos para esos aviadores imperiales son enviados por Mussolini, y que los barcos pertenecen a Hitler. ¡Un imperio completamente nacionalista y regenerador!

Pero sigamos oyendo a Pemán: «Imperio es también—dice—quitarles a los barcos nombres vagos de ideas generales—República, Libertad—y darles nombres exactos de islas: Canarias, Baleares...» Habla de la Junta de Burgos, y opina muy

formalmente «que cabe en un romance». Sostiene que los fascistas de Franco empiezan otra vez a «sentirse periféricamente», pues se le tuesta de nuevo la piel de sol y de aire, como los atletas. «Al cabo de un año—exclama—es completa nuestra fuerte y viril morenez». Después concluye: «Y esto es también Imperio: buena salud, pulso callado; digestión sin dolor. Gobierno sin encrucijadas al servicio de lo externo. Lcción de Guerra. La Junta Técnica despacha en la Casa del Cordón, donde los Reyes Católicos recibieron a Colón de vuelta de su segundo viaje; el Gobernador General, en Valladolid, no tiene más que asomarse a su balcón para ver la portada de San Gregorio llena de cuerdas marineras y de indios peludos; el Cuartel de Salamanca está al lado de las piedras romanas de la Clerencia y del Colegio de los Irlandeses... Por todas las ventanitas oficiales se ve el Imperio.»

Lo asombroso es que para Pemán el imperio es algo tangible, inmediato, que sale de las manos de Franco como del sombrero de un prestidigitador. De nuevo la aventura africana, la conquista de otras Américas, las singladuras épicas de otro Colón. Los Corteses y los Pizarros y los Balboas y los Alvarados partiendo en pos de las tierras maravillosas de México y del Perú. ¿Para qué? Pemán no lo dice. A lo mejor—pues la fantasía debe de alcanzarle para todo—para reconquistar el antiguo tesoro de Carlos V y de Felipe II, convenciendo a los indios que aún andan sueltos por las selvas y las pampas de que deben ser fascistas y que no hay más rey que el «general bonito».

Pemán vuelve los ojos al pasado. ¿Y cómo no hacerlo, si pertenece a una clase de hombres sin futuro, si es fascista? Vuelve los ojos al pasado y sueña con la España del quinientos, como si fuera posible llevar hacia atrás a la España de hoy, para la que no es lastre su gran saldo de gloria, pero que aspira a una gloria distinta: la de salvar con su ejemplo la libertad de los pueblos, entre los cuales figuran los mismos que ella conquistó, y elevar con su sangre el destino de los hombres. España es eterna porque se renueva. Si el siglo XVI la encontró a la cabeza de los estados conquistadores, colonizadores, sembrando con su lengua la tierra de todos los océanos, el siglo XX la halla también en el primer puesto de la lucha—la lucha de su siglo—por la democracia y la paz. El imperio de España es eterno también. Jamás se ha derrumbado, como quiere Pemán. Y nunca estuvo España más viva, más fuerte, más entrañablemente metida en los pueblos de América, que ahora, cuando no dominan allá los «espadones» a lo Franco y a lo Queipo de Llano, y los hombres que sufren en cualquier distrito minero de Bolivia o de México les tienden la mano fraternalmente a los que sufren en Asturias o en Andalucía.

Un emperador con faroles

Pero dejemos ya al Consejero de Falange, y oigamos ahora un instante a un periodista que firma «El Tebib Arrumi», quien, a juzgar por la preeminencia de que gozan sus artículos—primera plana, cintillo a ocho columnas, tipo negro—debe de ser tenido como un genio del reportaje requeté. El va a darnos una visión del jefe faccioso, a quien es obligatorio llamar El Caudillo—con mayúscula—, a semejanza del Duce o del Führer. Echémonos a la cara otro número del «Heraldo de Aragón», el de fecha 21 de octubre:

«La mirada de Franco—dice este mimoso efebo de la letra de molde—relampaguea. Es un curioso fenómeno éste de los ojos del Caudillo. Su mirada es siempre luminosa, pero hay momentos en que salta en sus pupilas la que yo llamo «chispa o fulgor legionario», y entonces, por un prodigio extraordinario, adquiere su mirar unos centelleos, un deslumbramiento que atrae, capta y fija los mirares ajenos, en fenómeno de deslumbramiento parecido al que se sufre cuando de noche nos enfocan

(Continúa en la página siguiente)

Estoy

convencido de que el edificio de la propaganda fascista en Italia, se derrumbaría en pocos meses si pudiésemos publicar en ese país tan sólo una hoja que se limitase cada día a exponer las falsedades impresas en los periódicos fascistas y subrayar las contradicciones del monólogo del «duce».

(Del artículo «Imperialismo y Terrorismo...», de Pietro Nenni. — Léase en la página 4).

Van a ser embarcados para la España rebelde ciento cincuenta aviones de bombardeo, marca Caproni

Frontera italo-suiza, 8. — El 20 de diciembre serán embarcados en Nápoles 150 aviones de bombardeo que forman parte del último pedido hecho a las fábricas «Caproni».

Se encuentra ya en Nápoles un equipo de montadores especializados.

(«La Dépêche de Toulouse», 9-XII-1937.)

«Los lobos del fascismo»

Leeds. — Los diputados Sir Stafford Cripps i Mr. Herbert Morrison hicieron uso de la palabra en un meeting celebrado el día 5 en el Ayuntamiento de Leeds, con motivo de la campaña laborista pro «alimentos, libertad y justicia para la España democrática».

Sir Stafford dijo: «En estos momentos, el gobierno británico está concibiendo un plan, en virtud del cual, basándose en la retirada de voluntarios de ambos lados, se intenta conceder a Franco derechos de beligerante. En la actualidad, lo único que puede dar a Franco la fuerza necesaria para derrotar al gobierno español es obtener los derechos de beligerante. Si se le concedieran tales derechos, la piratería sería legitimada. Cualquier buque con destino a los puertos del Levante español podría ser registrado y capturado, y esa valiente nación de españoles democratas, que no puede ser derrotada por la fuerza de las armas, ni siquiera

con la ayuda de Italia y Alemania, quizá llegaría a ser sometida por hambre. El pueblo de este país tiene que decir con voz firme: «no queremos conceder a Franco derechos de beligerante. No queremos darle fuerza para matar de hambre al pueblo español.»

Hablando en sentido más amplio, Sir Stafford dijo que la política del gobierno inglés consistía en arrojar a los niños democráticos de Europa a los lobos del fascismo, con la esperanza de salvarlos por cinco años a los niños del Imperio. «Pero los lobos no proceden como el gabinete británico cree. Cuanto más se les da, más quieren y más fuertes se hacen. Si se continúa esta política, construiremos una potencia alemana a la cual le será fácil, en cuatro o cinco años, roer los huesos del Imperio británico. Entregaremos a la democrática España al fascismo, a la democrática Checoslovaquia al fascismo y a Austria, ya fascista, al fascismo alemán.»

Mr. Herbert Morrison dijo que si la actual política del Gobierno continuase, la Gran Bretaña quedaría aislada, porque las demás naciones se cansarían de nosotros. Caminaríamos hacia una situación en la que las demás democracias del mundo desconfiarían de la Gran Bretaña. Nuestro Gobierno traicionaría a la democracia y a la paz del mundo, y si no tuviéramos cuidado podría llegar un momento en que Inglaterra se hallase sola en una guerra contra Italia, Alemania y el Japón. Si esa guerra se produjera se acabaría el Imperio británico.

(«The Manchester Guardian», 6-XII-1937.)

En tercera
página

Al volver
de España.
Un
testimonio

Por André
Chamson
(Conclusión)

Leyendo la prensa de Franco

(Continuación)

potentes faroles. Es el momento emocional típico del legionario, y el Caudillo, con su jefe de Estado Mayor y Generalísimo, sigue teniendo su «yo emotivo», enteramente de la Legión...

No puede pedirse semblanza escrita con mejor gusto. Imagináis al «salvador de España» con un par de faroles en los ojos, unos faroles bien grandes, que además relampaguean con «fulgor legionario»? Un espectáculo maravilloso, sin duda, algo así como un poste del alumbrado público disfrazado de emperador.

La adulación, suprema ley

Pero aún hay más, porque la adulación sin freno es, entre estos fascistas de macarrones con mantequilla, ley inflexible que nadie es capaz de eludir. Véase ahora cómo tratan los falangistas a su jefe máximo en un manifiesto titulado «Falange, de Las Palmas, exalta a Franco, general y caudillo». Lo publica el periódico «Unidad», de San Sebastián, correspondiente al 23 de octubre último:

«Franco, Caballero de España, Héroe de la Historia del Nuevo Mundo, Restaurador de un Imperio derribado, detrás de ti hay un pueblo que te sigue con fervor de iluminado. Un pueblo que se perdió en caminos inciertos y halló su ruta tras tu voz de mando de Caudillo y de Jefe... En tu triple condición de Generalísimo de los Ejércitos Nacionales, de Jefe del Estado y de Jefe Nacional de Falange, puestas a prueba tus capacidades múltiples, velando tus armas como caballero medieval en la noche de luna de este año que hoy coronamos, te ganaste la investidura definitiva...»

Por su parte, Víctor de la Serna firma un artículo en el mismo periódico, con el título «Xixon», en el que vocifera su alegría por la caída de esta ciudad en poder de las tropas «nacionalistas», de Roma y Berlín. Leed, a ver si recordáis nada tan cursi, tan vacío y tan risible:

«Porque Francisco Franco ordenó un día a sus generales y a sus jefes y a sus oficiales y a sus soldados que del Bidasoa al Miño no hubiera más que una bandera ardiendo al sol de la victoria. Y esa orden quedó cumplida el 21 de octubre del año del Señor de 1937, Segundo Triunfal. El soldado español está acostumbrado a vencer cuando lo manda un César. Un día el César mandó que la tierra fuese redonda para poner sobre ella una corona. Y se hizo. Y el César nuevo ha vuelto a mandar. Y ha sido obedecido.»

Pero lo que sí bate todos los records es el final del artículo. Oíd a Víctor de la Serna contando lo que pasó cuando los italianos y los alemanes se posesionaron del Norte español:

«El Mar Cantábrico—dice—, el Mar de los almirantes, ya es todo nuestro. Hasta los peces de nuestro mar patricio llevan sobre sus lomos el nombre del Caudillo (!!), cuya cuna fué mecida en una playa junto al Finis Terrae, donde Hércules encendió su hoguera, y Cristo la hoguera de la Fe...»

Sin duda, ahora se está comiendo en toda la costa Norte de España un pescado rarísimo, con el lomo ilustrado a la manera de los libros de la enciclopedia. Menos mal que son los mismos fascistas quienes se lo guisan...

Una tajada para Mussolini

Pero ya es suficiente. En realidad, todo esto es grotesco, pero externo. Lo grave es lo profundo, lo que Franco trata en vano de ocultar con la trompetería de sus heraldos. Lo grave es que mientras estos idiotas que hemos acabado de ver, enronquecen proclamando al cabecilla faccioso salvador, caudillo, generalísimo, rey y papa, Mussolini sonríe tejiendo su red para apresar a España, que es también, los sueños de grandeza del Duce, «un país a colonizar». Porque ese «imperio» del que Pemán nos habla con tanta ignorancia como cursilería, es sólo un objetivo imperialista, una tajada suculenta para el festín que Mussolini prepara desde hace años en «el Gran Mar Común», el Mediterráneo. Imposibilitado de una conquista a sangre y fuego, como en Abisinia, decidió «aliarse» con su víctima mediante la traición, lo que le aseguraba una penetración más tranquila y profunda.

Terminemos con dos citas inocentes, con dos anuncios sencillísimos, tomados al azar entre los muchos de la misma índole que publica todos los días «El Diario Vasco», de San Sebastián, y los cuales pueden enseñar objetivamente «qué quiere decir eso de imperio, tan prodigado ahora», como escribiría Pemán. He aquí uno:

«CLASE DE ITALIANO GRATUITA. Se abre en la Secretaría de la Escuela Profesional de comercio matrícula limitada y gratuita para quienes deseen estudiar italiano. De 10 a 12 de la mañana. Instancia dirigida al Sr. Director.»

Y he aquí el otro:

«INGENIERO ALEMAN, busca socio capitalista para la construcción de máquinas especiales y la fabricación de piezas. Por escrito a esta Administración. G. R. 37.»

Como veis, el imperio marcha...

Valencia, diciembre 1937. NICOLAS GUILLEN

Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

semejantes que van al extranjero a pagar esa deuda?

¡Les negamos pasaportes y les llamamos rojos repugnantes! Un Gobierno basado en la libertad y dedicado a la libertad, es tan abyecto en la defensa de ésta, que castiga a los que quieren luchar por ella. Sin embargo, hay que recordar el hecho de que durante la Revolución americana, fué enviada a este país la suma de seis millones de dólares para ayudar nuestra causa desde... ¡podéis creerlo!... España!

En América tenemos una Liga por la libertad. Sus miembros son hombres distinguidos... Principalmente distinguidos, muchos de ellos por no pagar al Gobierno el impuesto de utilidades. Y ello sólo por gozar de todos los beneficios de la libertad.

Estos patriotas de cartera son los que gritan: «ROJOS». Los que tergiversan el Derecho internacional para apoyar el fascismo en España, como lo apoyarán en América si alguna vez se les presenta oportunidad de hacerlo. Los que vierten lágrimas de cocodrilo sobre la santidad de la Constitución, en teoría, y la expolian en la práctica, cuando conviene a sus necesidades. Su lema no es «dadme libertad o dadme la muerte», sino «dadnos libertad y a los que se nos opongan, la muerte». Hemos visto algo de esto en los recientes disturbios sociales de Chicago y otros puntos. Hombres asesinados por la espalda por la policía al servicio del fascismo.

Soy un escritor, no un agitador. Estoy interesado en la conservación de la libertad y de la democracia, no sólo en América, sino en todo el mundo. No creo que los hombres puedan gozar de la vida en ningún país en que la libertad de prensa y de cultos y la misma libertad individual sea negada. Por ello, me opongo al fascismo... En Alemania, en Italia, en América... y en España. La Historia de la humanidad ha sido una lucha continua por la libertad. Es la posesión humana más preciada.

En este país, bajo la dirección de Abraham Lincoln, hicimos una guerra larga y sangrienta, hace 70 años, para que los hombres no fueran esclavos. ¡Los negros! Libertados por los blancos por cuestión de principio.

Una guerra semejante se desarrolla hoy en España. ¡Para salvar a hombres blancos de una tiranía aún más cruel y brutal! La lucha se realiza en muchos casos no sólo contra blancos, sino también contra mercenarios africanos. ¡Moros! Alquilados por dictadores que se llaman cristianos para degollar a otros cristianos. ¿Qué americanos pueden presenciar, inmovibles, ese espectáculo? Sólo aquellos que fueron cegados por la roja polvareda levantada por el fascismo. Amigos míos... la cosa más roja de la guerra de España es el polvo rojo de sangre levantado por las bombas de los dictadores fascistas.

En esta guerra luchan compatriotas nuestros. Dan sus vidas por la causa de la libertad, como lo hicieron los soldados harapientos y descalzos de Washington, para hacer hombres libres. Americanos, enrolados en la Brigada Lincoln, que forma parte de la Brigada Internacional. Hombres de todas clases, desde doctores, abogados y profesores, a obreros del muelle y conductores de camiones.

Allí ha muerto el hijo del Gobernador de uno de nuestros Estados. El hermano de un miembro del Congreso se encuentra en sus filas. ¡Sólo los fascistas y los locos llamarían rojos a tales hombres!

Luchan y mueren por un principio. Lo mejor que pueden sacar de esta lucha es la satisfacción de haber contribuido a una buena causa... Lo peor es la mutilación, la muerte. En cierto modo, luchan tanto por

América como por España. Si la gente de este país supiera lo que allí está pasando, en vez de dejarse cegar por una prensa controlada por el fascismo, llamaría héroes a esos hombres. Pero, por el contrario, se les considera fuera de la ley y se les niega la protección de nuestra bandera. ¡Una bandera levantada en nombre de la libertad! Que se supone que ondea sobre la tierra de los hombres libres... pero no en España.

¿Es la libertad de que nos vanagloriamos un bien tan delicado y tan frágil que no puede soportar un viaje transatlántico? Se supone que este país es una democracia. Hitler, en un reciente discurso maldijo a la democracia y expresó su decisión de luchar contra ella y destruirla. Sin embargo, nuestros representantes diplomáticos, con los de Francia e Inglaterra, permanecieron sentados y escucharon en silencio ese discurso. Quizá esté equivocado, pero creo que si alguno de los signatarios de la Declaración de independencia hubiese estado presente en esa ocasión, se habría puesto en pie de un salto y hubiera abandonado la reunión. Y estoy seguro de que si el Presidente Roosevelt hubiese pronunciado censuras semejantes contra el nazismo o el Gobierno fascista, en una reunión de diplomáticos, los representantes de Hitler y de Mussolini se habrían considerado insultados y hubieran exigido una satisfacción. Por lo menos, estos dictadores mantienen sus principios.

Hitler es un enemigo de la democracia. Mussolini es un enemigo de la democracia. Muy bien. Ambos emplean todos sus esfuerzos en aplastarla en España. Los valientes americanos que luchan por la democracia en aquel país... en vez de pronunciar discursos con motivo de la Fiesta del 4 de Julio... son declarados fuera de la ley por el Gobierno democrático de su propio país y considerados indignos de toda ayuda. Esto nos coloca a nosotros, a los que creemos en las enseñanzas de Washington, de Jefferson y de Lincoln, en la necesidad de ayudarlos individualmente. Procurar que, por lo menos, tengan zapatos, calcetines, cigarrillos y otras vulgares necesidades de la vida. No las tienen ahora como no las tenían los soldados harapientos del ejército de Washington en Valley Forge. Sus pies también dejarán huellas sangrientas en las nieves de España este invierno. Habrá quien llame a estas huellas la pista roja del comunismo. ¡Yo las llamo la insignia roja del valor!

Restanos, a nosotros que gozamos de libertad sin haber luchado por ella, de hacer lo que podamos por estos hombres. Y ya que tantas víctimas engañadas o atomizadas de las dictaduras van por ahí levantando el brazo derecho por Hitler o por Mussolini, quizás no fuera una mala idea para los americanos amantes de la libertad, levantar su mano derecha... Los que no tengan miedo de hacerlo... y empezar a vitorear por nuestra cuenta. Nosotros también tenemos hombres e ideales que merecen vitorearse... ¡y que merecen que se luche por ellos!

¡Principios dignos de que luchemos por ellos! ¡Que muramos por ellos! ¡En España, puesto que la lucha es en España! ¡Alzad las manos, americanos! ¡Viva la Brigada Abraham Lincoln! ¡Viva la libertad!

(Facetas de actualidad española. Habana, octubre-nov., 1937.)

Discurso pronunciado por Frederic Arnold Kummer ante los Amigos de la Brigada Abraham Lincoln, en Lehmann's Hall, de Baltimore

Señoras y caballeros:

Cuando esta nación fué fundada, uno de sus grandes patriotas, Patrick Henry, lanzó el grito de lucha por la libertad: «¡Dadme libertad o dadme la muerte!»

Ese era el espíritu del 76.

Este es el espíritu de todos los americanos dignos, de hoy.

Los patriotas de sus días revolucionarios luchaban por la libertad, morían por la libertad. Sin ella, ni los hombres ni las naciones pueden ni deben sobrevivir.

En Europa, bajo ciertas dictaduras antidemocráticas, se niega la libertad individual. Se niega el derecho de los hombres a expresar sus opiniones. Los que lo intentan desafían a la muerte.

Se niega a la prensa el derecho a decir la verdad. Los que se arriesgan a ello se juegan la vida.

Se niega a las personas el derecho a adorar a Dios a su manera.

Los que pretenden mantener este derecho se enfrentan con la muerte.

A España, nación reconocida como tal, aquí y en el extranjero, se le niega el derecho a gobernarse por sí misma. Los que afirman este derecho encuentran la muerte.

Pacíficos no combatientes, hombres, mujeres y niños, son fusilados, asesinados por aviones alemanes e italianos, que ametrallan y bombar-

dean, por orden de los dictadores fascistas, para que la libertad de la gran masa del pueblo español encuentre la muerte.

Sin el menor recato, los jefes de los Gobiernos que, cínicamente, proclaman una neutralidad falsa, envían telegramas de felicitación a esos carniceros...

Buques mercantes de naciones con las cuales están, oficialmente, en paz, son hundidos en alta mar por sus submarinos, desafiando todas las leyes internacionales. En Roma y Berlín se publican listas de combatientes muertos en la lucha, al mismo tiempo que sus diplomáticos niegan hipócritamente que hayan enviado fuerzas armadas para ayudar a Franco. Antes que permitir un Gobierno libre en España, los fascistas amenazan con hundir a toda Europa en la guerra. Han destruido la democracia en su propio país... y tratan de destruirla en el extranjero. Quisieran y, si pueden lo harán, destruirla en los Estados Unidos. Bajo la acusación falsa de que todos los hombres y mujeres amantes de la libertad son comunistas, anarquistas, rojos, se lanzan en todas partes contra la libertad, porque saben que donde reina la democracia no pueden existir los dictadores. Tienen que destruir tres cosas para gober-

nar: la libertad de expresión, la libertad de conciencia y la libertad de prensa. Ninguna de ellas existe en Alemania ni en Italia. Si lo dudáis, id a cualquiera de esos países e intentad pronunciar un discurso como éste. Pero haced vuestro testamento por anticipado.

Una cosa es cierta. Si hubieran estado en el poder Hitler y Mussolini cuando empezó la revolución americana y nos hubieran hecho lo que ahora están haciendo a España, los soldados italianos y alemanes habrían fusilado a los patrióticos colonos del 76 y colgado a Washington Irving de su famoso cerezo. De todas maneras, tuvimos tropas mercenarias alemanas luchando contra nosotros, enviadas aquí para ahogar el espíritu de libertad.

Pero tengo la satisfacción de decir que en nuestra larga lucha por la libertad hubo también alemanes que lucharon a nuestro lado, como hoy los hay luchando con las fuerzas gubernamentales españolas. Y no sólo tuvimos alemanes, sino franceses y espíritus amantes de la libertad de otras muchas tierras europeas.

Honramos como a héroes a hombres como el Barón von Steuben, ¡el conde Pulaski!, ¡el almirante Rochambeau!, ¡el marqués de Lafayette!

¿Qué hacemos hoy con hombres

SE AUTORIZA la reproducción de cuanto se publica en este DIARIO.

AL VOLVER DE ESPAÑA.

UN TESTIMONIO

Por ANDRE CHAMSON

La guerra tiende a ser una calamidad autónoma

(Conclusión)

Sólo la guerra puede hacer que Franco se apodere de España. Sólo por la guerra podría mantenerse allí. Al decir la guerra intento definir un estado de cosas muy peculiar y tal vez sin analogías en la historia moderna. Lo que intento definir así — a falta de un neologismo — es la técnica de la matanza en su estado puro, sin nada de lo que generalmente le sirve como apoyo y justificación. La fuerza de Franco no reside en la complicidad de una parte de España. Con los requetés y los falangistas no hubiera resistido ni podría resistir más que algunas semanas. Su fuerza no reside tampoco en el compromiso real de una o varias naciones extranjeras que están a su lado, sino en la aportación a su servicio de una parte del tinglado bélico que esos gobiernos tienen a sus órdenes. De lo que Franco dispone es, en cierto modo, de la guerra en sí, la guerra aislada de toda justificación nacional, de toda excusa, reducida a su propia naturaleza, que consiste en matar y destruir.

Desde el comienzo de la insurrección, cuando aún parecía que Franco maniobraba sobre un plan nacional, no hizo otra cosa más que disociar la nación de su aparato militar y alzar a este último contra la nación. Desde su origen la revolución de Franco era la rebelión de la capacidad de guerra de un país contra ese país mismo. La ayuda extranjera no le ha traído otra cosa. No existe una mística profunda que sostenga a Franco en Italia o en Alemania. El mismo Mussolini lo reconoce implícitamente cuando declara que las divisiones italianas que combaten en España no le pertenecen ya y que sólo dependen del general Franco. El cáncer deposita así en el organismo que destruye las células autónomas que proliferan lejos de él.

Esta es, sin duda alguna, la característica más saliente de la guerra en España.

Hay que repetirlo sin cansarse: no, esta guerra no es una guerra civil, una oposición sangrienta entre dos ideologías, entre dos concepciones del mundo. Es la lucha entre el mundo civil y el mundo militar, no en el sentido corriente de estas palabras en el que militar y civil se unen para el orden del Estado y el servicio de la nación, y pueden incluso oponerse el uno al otro en el interior de ese marco, pero en un sentido nuevo donde el militar aparece solamente como el técnico de la destrucción y de la matanza. La evolución de la guerra en España prueba que esos técnicos de la muerte constituían una inmensa nación, en medio de las otras naciones de Europa. Nación sin territorio propio, sin cultura, sin civilización, sin responsabilidad, sin porvenir, pero nación terrible a la que sólo el servicio de los instrumentos de muerte que se han convertido en su patria.

La abundancia de armamentos modernos tan complicados y cuyo manejo apasionante tanto debía necesariamente engendrar un nuevo tipo de hombre. Alemanes o italianos, quizás recuerden que pertenecen a una nación cuya realidad se ha definido en el transcurso de los siglos por medio de sus monumentos, de sus poetas, por un cierto modo de vivir y de amar. Pero olvidarán este último lazo con la humanidad cada vez que las máquinas cuyo servicio es el único fin de su vida, tengan en cualquier parte un compromiso que cumplir. Los hemos visto lanzarse sobre España en cuanto estalló la guerra. No tienen nada que ver con esa infantería italiana, con esos «voluntarios» que

pelean tan poco voluntariamente. Aviadadores, artilleros, tanquistas, especialistas de todas las armas, oficiales y suboficiales, que ni siquiera pueden ser considerados como voluntarios, como gente que ha dicho sí, para cumplir lo que le parecía un deber. Son hombres obedientes a la fatalidad que está en ellos. Esta fatalidad les adjudica la misión de destruir. ¿Qué pueden destruir si no es Europa, en la que están acuartelados? El campo de pruebas es vasto. Y han empezado por la tierra de Goya y Cervantes.

Sólo esta fuerza podría asegurar la victoria a Franco. Esta fuerza a la que otra vez llamo la guerra. Empleo esta palabra aislándola nuevamente de todo lo que en el pasado le unía, pese a su horror, con la vida de los hombres, con el destino de los pueblos, con la dignidad, la libertad y el porvenir. La guerra actúa ahora, fuera de todos esos elementos humanos como una persona mayor de edad. Si triunfa en España, repito, deberá instalarse en ella. Establecer allí su cuartel. Transformar el país en plaza fuerte y muy pronto en punto de partida.

Porque si resultase victoriosa sólo podría seguir dueña de España siendo lo que es, es decir, siendo la guerra, armada, devastadora, con la obligación de aumentar su potencia cada día. Para ello tendría que triturar primeramente ese país que no la quiere. Su primera tarea sería la de matar a los españoles vencidos. Pero esto es poco. La matanza de los elementos civiles no es un alimento suficiente para la guerra. Necesita encontrar una resistencia armada igual a ella, sobre la que pueda apoyarse. Ese punto de apoyo sólo sería posible al exterior. Sea cuales fueran las incidencias diplomáticas o políticas, la guerra acabaría descubriéndolo, porque le sería indispensable para poder existir.

He aquí cómo esta guerra nos hace volver hacia Francia y hacia Europa.

Lo que hemos dejado hacer

Después de hablar como pacifista, quisiera hacerlo como hombre, francés por la nación, europeo por la voluntad de cultura. Quisiera demostrar de manera evidente a todos los espíritus que al permitir que la guerra se instalara en España, la hemos autorizado a empezar la destrucción de las naciones de Europa y de toda la comunidad europea. Nuestros dirigentes han creído poner en práctica un complicado sistema, lleno de arides y de mentiras, capaz de aislar la guerra poniendo a cada uno de nuestros países a salvo de sus golpes. En realidad han conseguido desasir la guerra de sus responsabilidades nacionales, pero le han dado una existencia autónoma, que, lejos de romper su impulso, le ha suministrado un nuevo poder.

He aquí que vuelven los tiempos de la segadora con calavera, sueño de una Flandes devastada o de las márgenes del Rhin asoladas hasta sus chozas, los tiempos de la segadora sin mirada que destruye ciudades y cosechas, que degüella a los niños en el seno de su madre y que no lleva el nombre de ninguna nación ni de ningún pueblo, porque ella es sólo la guerra y únicamente el hambre y los incendios siguen sus pasos. Aún ayer no tenía autoridad para obrar por sí sola, sino a cuenta de las naciones que comprometían tras ella su civilización y su cultura. Las naciones la desencadenaban, pero eran responsables de sus locuras. Sabían que había que pagar por ella. Los hombres la obedecían, pero recordando los tiempos en que estaban libres de esa servidumbre. Por eso, los conquistadores de manos rojas al entrar en el hogar del vencido recordaban que eran hombres como él. La guerra arrastraba consigo su vergüenza hasta el corazón de los guerre-

De lo que Franco dispone es, en cierto modo, de la guerra en sí, la guerra aislada de toda justificación nacional, de toda excusa, reducida a su propia naturaleza, que consiste en matar y destruir.

ros. Era una sierva terrible, pero sólo una sierva.

Hoy se le ha dejado instalarse en España con una independencia total. Allí reina como dueña y señora. Pretende que no tiene por qué recibir órdenes de nadie, ni siquiera de las naciones que le han suministrado los medios que utiliza para sembrar la muerte. Más aún ya no suelta a los que la han soldado sobre el mundo. Los obliga a servirla. Les exige sacrificios cada vez mayores y una entrega cada vez más absoluta.

Los que le sirven de instrumentos no son ya soldados de oficio que defienden un Estado, como los de Denain o de Fontenoy. Ya no son soldados ciudadanos que defienden una patria, como los de Valmy o Verdún. Son máquinas arrastradas por la fatalidad de otra máquina. Aviadadores que no son más que un aparato decisivo junto al motor y los lanzabombas; artilleros que no son más que una tabla de tiro inteligente, al lado de sus baterías; tanquistas que sólo son un dispositivo de dirección y de tiro a bordo de un camión erizado de cañones y ametralladoras.

Los vencidos no pueden esperar piedad de esos conquistadores que no evocarán los umbrales de sus propias casas, ni los ojos de su madre, cuando entren en la casa sometida a su ley. Ya no son esos hombres desnaturalizados por el horror de la batalla, pero que aún pueden despertar a la ternura y acordarse de su hijo. Son los empleados de la muerte, los funcionarios de la matanza. Una pequeña esfera, cuya delicada manilla vigilan unos cálculos complicados y rápidos, los libra para siempre del remordimiento.

Llegan de todas partes. No son los hijos de una nación o de una raza; son los hijos de una técnica abandonada a sí misma y exenta de todas las obligaciones humanas. Vienen sobre todo de esas naciones menores (menores, no por su edad o su poder, sino por su conciencia política), que se entregaron en manos de aventureros, desesperadas al no poder conducirse ellas mismas. Sean alemanes o italianos, han olvidado ya lo que representaron Alemania e Italia en el concierto de los pueblos. Europa ha muerto en ellos, pero ha muerto también la nación en que han nacido. Están al margen de toda civilización y de toda cultura. No les queda nada en común con la que fué su propia nación. Ya no tienen responsabilidad respecto a esas comunidades humanas cuyo fin es el de perpetuar y ennoblecer la vida. Ya sólo conocen esa «retórica de la muerte» que desde hace meses ahueca su voz en el cielo ensangrentado de España.

Esto es lo que hemos dejado hacer. Lo que dejamos hacer cada día. Hemos permitido escapar a la guerra civil de esa red de responsabilidades humanas y nacionales que le impedían obrar con absoluta libertad. Desde ahora ya no tiene contrapeso ni nada que la sujete equilibrándola. El horror mismo que la guerra inspiraba a los hombres amenazados por ella, hizo posible esta metamorfosis. «Sigue tu camino, dijeron, no tenemos nada que ver contigo.»

Pero la guerra siguió su marcha como una piedra rodando en el vacío. Por pri-

mera vez se ha sentido autónoma. Ha empezado a actuar en su propio nombre. Sigue siendo la asesina y la destructora, pero es además algo nuevo porque ha llegado a la cima de su destino, porque es al fin perfecta, libre de todo lo que no pertenece a su esencia misma. Ella es la guerra y nada de lo que en ella es puede volver hacia la paz.

Durante mi viaje por España he visto con mis propios ojos a este monstruo nuevo, nacido de todos los viejos terrores y los antiguos sufrimientos del hombre. Sólo he escrito este libro (entre las prisas del regreso, la desesperación de los recuerdos, la angustia del mañana y el hastío de todos los gozos) para intentar que descubran a este monstruo los que viven cerca de él sin advertir su presencia.

La guerra sufre a nuestro lado una mutación, una horrorosa metamorfosis, que la hace más temible que nunca. Pero la antigua sabiduría nos enseña que cuando los hombres descubren al monstruo, nacen también los héroes y los arqueros que nos libertan.

Volviendo hacia los hombres

Antes de concluir, quisiera volverme hacia unos rostros humanos, para encontrar de nuevo sus sonrisas y sus lágrimas.

Recuerdo un pueblecito, donde almorzamos, a pocos kilómetros de Madrid, en una atmósfera que era ya la del frente. Mientras comíamos, unos niños vinieron a cantar bajo nuestras ventanas. Voces cristalinas en admirable concierto con la luz rubia que emparejaba a su vez con el color de las eras y las casas bajas del pueblo. Jamás nos había rodeado la alegría de España con tanta fuerza y tan ingenuo frescor. Bajamos a la plaza para acariciar esos rostros. En el silencio de España, en su austera soledad, cantaban los niños como participando en la más hermosa fiesta del mundo. Nunca llegó con tal evidencia a todos nuestros sentidos la alegría de la vida.

Buscando la sombra de los árboles, me encontré bruscamente en un grupo de mujeres. Campesinas vestidas de negro, iguales a las campesinas de mi tierra; las hallé tan poco extrañas que me parecía volverlas a encontrar, reanudando sólo un viejo conocimiento. Me preguntaron cuál era mi país. «Francia», les dije. «Somos vecinos, somos hermanos», me replicó entonces una de ellas. Sentí detenerse mi vida más aún que en Valencia, horas antes, bajo el bombardeo de la aviación. Y dije, señalando el pueblo y los campos que lo hacen vivir: «¿Sois de aquí, vosotras?»

—No, me contestaron, somos de Extremadura... de Badajoz... los hombres...

Una muchacha alzó lentamente sus faldas, con un ademán tan preciso que parecía el gesto mismo del pudor. Sobre un muslo prieto que tenía el color del país, de los campos, de las casas y del sol, vi una herida, apenas cerrada...

En torno mío, sobre todos los rostros, corrían las lágrimas y yo también lloré, sin intentar cubrirme los ojos con las manos.

Madrid-París, julio 1937.

Imperialismo y terrorismo, expresión de la voluntad de dominación de los países fascistas

Los días 11 y 12 de diciembre se celebrará en París una conferencia internacional contra la intervención italiana en España, contra los procedimientos terroristas de los agentes fascistas en el extranjero, y en favor de la paz y de la salvaguardia de la vida de los prisioneros y de los deportados políticos en Italia.

Según dice el enunciado mismo de los problemas que la conferencia ha de estudiar, trátase de relacionar la intervención italiana en España con el terrorismo fascista en el interior del país y en el extranjero.

Esta relación no tiene nada de artificial, es completamente natural de hecho y de derecho, ya que el terrorismo forma con el imperialismo la doble expresión de la «voluntad de poder del fascismo», como diría Mussolini.

A propósito del terrorismo legal o legalizado, de sus leyes, de sus instrumentos y de sus crímenes, mi amigo Silvio Trentin ha publicado un libro (1) que hará época, al cual deberán acudir cuantos quieran conocer la verdad sobre Italia. La conclusión del autor es que, «gracias al Tribunal especial, a las islas de deportación, a las persecuciones políticas, a los pelotones de ejecución, a las diferentes policías especializadas, a la censura, a la tortura y a las inverosímiles hazañas de tantas legiones de confidentes y de provocadores, el fascismo ha durado diez años más», sin lograr, sin embargo, el fin esencial del terrorismo, que era el de «aniquilar la oposición», esterilizar el microbio antifascista».

Todo esto es cierto. El fascismo no hubiese durado tanto tiempo sin la organización sistemática del terror; y, sin embargo, el terror, lejos de aniquilar la oposición, ha obrado, cual dice Trentin, «como excitante irresistible de las fuerzas más ocultas de resistencia anticonformista».

Desde este punto de vista, la conferencia internacional no podía tener un prefacio más trágico ni más demostrativo que la serie de causas que se han visto en el Tribunal especial de Roma durante las últimas semanas, y de las cuales la prensa ha dado tan sólo una breve reseña. Hemos visto desfilar ante los verdugos con camisas negras a grupos de antifascistas en los que estaban representadas todas las clases sociales

de todas las regiones de la península, desde el intelectual milanés Rodolfo Morandi, autor de un libro fundamental sobre la gran industria italiana (2), hasta los campesinos de las Pullas y los pastores de Cerdeña. Todos han sido condenados a penas terribles que varían de 18 a 2 años de reclusión. Todos tenían de responder del doble delito de reorganización de asociaciones disueltas y de propaganda en favor de la España republicana.

Pero nosotros sabemos que el terrorismo no basta, por sí sólo, para asegurar el triunfo de un régimen. Louis de Villefosse ha dedicado uno de los capítulos de su estudio sobre Maquiavelo (3) a los medios de dominación de las místicas colectivas. Y, a este propósito, escribe que lo que da fuerza a los Estados autoritarios «no es sólo el vigor de la represión, sino la organización de la fe en las masas». «Una sociedad autoritaria, afirma con razón, que se basa únicamente en la violencia y se olvida de mantener la llama del entusiasmo, está destinada a desaparecer».

La llama del entusiasmo fascista es el imperialismo. Para alimentar esta llama es necesario el terror, es necesaria la censura, es preciso que la vida intelectual y espiritual de la nación sea reducida a la más simple expresión del monólogo sin contradicción. (Estoy convencido de que el edificio de la propaganda fascista en Italia se derrumbaría en pocos meses si pudiésemos publicar en ese país tan sólo una hoja que se limitase cada día a exponer las falsedades impresas en los periódicos fascistas y subrayar las contradicciones del monólogo del duce.)

Así, la unión ante la inminente conferencia internacional del problema de la libertad y del de la paz se encuentra plenamente justificada. El fascismo mussoliniano está y estará en los complots contra la libertad y contra la paz, contra el derecho de oposición en el interior y contra la autodeterminación de los pueblos en el extranjero. Asimismo, será preciso que la conferencia afirme que todos aquellos que, en el mundo, luchan por la libertad y por la paz tienen un enemigo común que es el fascismo.

PIETRO NENNI

(«Le Peuple», 7-XII-37.)

(1) Silvio Trentin: «Dix ans de fascisme totalitaire en Italie». (Edit. Est.)
(2) Rodolfo Morandi: «Storia della grande industria in Italia».
(3) Louis de Villefosse: «Machiavel et nous». (Edit. Grasset.)

Prosigue la campaña insidiosa contra el Gobierno francés

Franco—dice «SUR» de Málaga—no consentiría una República soviética en Perpignan o en Casablanca

Habla la prensa facciosa. «Sur», de Málaga, del 24 de noviembre pasado, no contiene su ira contra el gobierno de la República francesa. La calumnia vuelve a ser el arma preferida por el fascismo. «El gobierno del Frente Popular francés — leemos — no se contenta con llevar su país al desastre, con arruinar la economía, la riqueza y el crédito mundial del país vecino. Proyecta también una sombra repugnante — judíos, masones, aventureros, hombres de presa que abaten sus escrúpulos ante un puñado de billetes — sobre el nuestro.»

Pero los facciosos españoles — extremando su insolencia nacional en el extranjero — se permiten aconsejar a los ciudadanos franceses: «Queridos señores franceses; no se distraigan ustedes, que luego cuesta muchísimo trabajo arreglar las cosas. Si no actúan rápidamente, podría darse el caso de que les cogiesen por la mano. Y la verdad, a nosotros no nos agrada demasiado en asuntos de otros países, pero ya comprenderán ustedes, señores franceses, que después de la que hemos armado para echar a los comunistas de España, no íbamos a consentir una República soviética en Perpignan o en Casablanca.»

El hecho es grave. Hitler y Mussolini advierten al mundo por boca de Franco, que de paso se declara único culpable del trágico acontecimiento español, cuáles son sus intenciones. El «generalísimo» — atolondrado y gozoso — se dispone a intervenir los destinos de Europa, de África, de Asia. Salamanca es poco para la ambición imperial del «caudillo». Madrid es quizás demasiado para establecer el imperio de sus fuerzas. La desmedida imaginación de Franco, excitada por sus sangrientos inspiradores, abarca pueblos enteros y opuestos continentes. Franco es quien ordena y manda. Dicta, mente, lo que se ha de hacer y lo que no se ha de hacer del uno al otro confín. Por esta vez su consejo es válido:

«¡Queridos señores franceses, no se distraigan ustedes!»

Las informaciones que publica este DIARIO responden siempre a la veracidad más estricta.

Diez años de fascismo totalitario en Italia

Del libro del mismo título, original de Silvio Trentin

(Continuación)

sin límite, mantiene, desde hace diez años, con su trabajo, con sus sacrificios a veces emocionantes, toda una serie de obras cuya admirable organización técnica, la probidad ejemplar de las formas de actividad por ella inspiradas y la amplitud de los resultados obtenidos, harían honor a cualquier movimiento democrático-proletario de todos los países todavía libres: una prensa semanal (a la cual ha venido a unirse estos días un gran diario que se publica en París, testimonio significativo del buen éxito logrado en los centros de la emigración por las consignas unitarias en la persecución del esfuerzo revolucionario), una prensa semanal extramadamente viva y punzante, que mantiene siempre contactos íntimos con los centros de acción del interior; un servicio clandestino de prensa muy activo, inteligentemente dirigido y equipado, que vela sin cesar por la difusión hasta en las ciudades mejor guardadas por los esbirros de la dictadura de un material abundante y fecundo de informes y de instrucciones; casas, editoriales y bibliotecas para enriquecer y divulgar la literatura política italiana (las Ediciones de cultura social de Bruselas, las Ediciones de Capolago, E. S. I. L. de Marsella, las Ediciones de *Giustizia e Libertà*, *Liberissima*, *República*, y la Biblioteca franco-italiana de París); revistas de elevado carácter intelectual consagradas, con la colaboración de escritores que se guardaron en Italia, al estudio de los problemas económicos y sociales, y a la colaboración de las nuevas doctrinas políticas (tales como los *Quaderni di Giustizia e Libertà*, *Lo Stato Operaio*, *Italia*, *Politica Socialista*, *Problemi della Rivoluzione italiana*); círculos de estudios y universidades populares y proletarias en las ciudades en que los italianos residen en gran número, como París, Marsella, Lyon y Nueva York; y centros de ayuda a las víctimas de las persecuciones, tales como la «Union polaire», el Fondo Matteotti y la sección italiana del Socorro Rojo.

Para poder apreciar la vitalidad adquirida, merced

a las leyes excepcionales, por el antifascismo en el extranjero, basta considerar que la suma de las aportaciones hechas por las masas obreras (una gran parte de las cuales conoce los horrores del paro forzoso) a las organizaciones que dirigen la lucha, alcanza, por término medio, la cifra de dos millones de francos al año. A las suscripciones abiertas para apoyar el esfuerzo de los camaradas españoles, los emigrados italianos han contribuido, hasta ahora, con donativos que no han sido nunca inferiores a 50.000 francos mensuales.

Hoy, en España; mañana, en Italia

Sin embargo, con motivo de la guerra de España ha sido cómo la Italia de los *desnacionalizados*, la Italia de los *miserables*, de los *traidores*, de los *vencidos*, escapados con justicia a los castigos ejemplares que les habían impuesto las leyes especiales, ha dado la medida de la frescura inagotable de las reservas de energía cuya guardia y conservación ha asumido, de la fuerza expansiva y fecunda de su voluntad revolucionaria y del desarrollo triunfal de su aptitud para unir el pensamiento a la acción.

Cuando el levantamiento de los generales perjuros, que estalló en los días 18 y 19 de julio de 1936 de completo acuerdo con el fascismo internacional y con su apoyo, en Marruecos y en las principales ciudades de España, pareció paralizar — a pesar de la reacción fulminante y heroica del pueblo de Madrid, de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Badajoz, que casi sin armas logró en veinticuatro horas poner en fuga a los facciosos — a todas las fuerzas de la reacción europea y con ello no sólo atentar contra la existencia de la República, a quien le tocó la penosa sucesión de Alfonso XIII, sino también amenazar las bases mismas de la democracia continental, los proscriptos italianos no tuvieron un instante de vacilación.

Negándose a conceder el menor crédito a las falsas fórmulas de un pacifismo beato que no desdenaba, por salvar los principios, el fomentar con los ojos cerrados, la política monstruosa llamada de no intervención de las democracias en los asuntos de la península, decretaron, el 25 de julio, la movilización de un primer cuerpo de milicianos, escogiendo los efectivos de entre una muchedumbre ardiente, impaciente, entusiasta de millares de voluntarios, que reclamaban implorando por todas partes, con insistencia que no se aplacaba con nada, el honor de marchar. Ninguna sutileza dialéctica, ninguna preocupación sentimental podía impedir-

les reconocer que la partida que se jugaba en España les afectaba al mismo tiempo que a todo el pueblo italiano — tanto como al proletariado español —, e identificar sobre todo en el adversario contra el cual éste era llamado a combatir, al enemigo irreductible con el cual habían jurado no consentir jamás armisticios.

Era necesario, a toda costa, que sus hermanos cerrados en Italia supiesen cuanto antes que los emigrados no habían abandonado la patria con el solo fin de ponerse a cubierto de las persecuciones de la dictadura, sino sobre todo para adiestrarse mejor en la lucha y estar prontos a afrontarla, en cuanto se presentara ocasión con las armas en la mano.

Su consigna, desde el primer día, fué esta: «Hoy, en España; mañana, en Italia.»

Inmediatamente, grupos aislados, no pudiendo soportar la demora de su salida, franquearon los Pirineos y se enrolaron en las formaciones de descamisados que el pueblo de Madrid y de Barcelona habían constituido a toda prisa al toque a rebato de la revolución. A la cabeza de estos expedicionarios gloriosos hay que colocar a Fernando Di Rosa, el niño prestigioso que, en 1929, se inmoló en Bruselas cometiendo un atentado simbólico contra el príncipe heredero de la Casa de Saboya desdeñoso de todos sus deberes constitucionales y que, elegido comandante del batallón *Octubre*, había de caer frente al enemigo, el 16 de septiembre de 1936, en el frente de Guadarrama. Muy cerca de él, Giordano Viezzoli, otro adolescente predestinado a las sublimes experiencias, acudió, sin tardar, a engrosar los cuadros modestos de la aviación republicana, y fue enseguida herido de muerte en el cielo de Toledo, durante un combate épico; y Zannoni, convertido pronto en jefe de la defensa del sector de la Casa de Campo, y Nino Nanetti, hoy comandante de una de las unidades más valientes del ejército republicano que hay en el frente de Madrid. (1)

Entretanto, una columna, enteramente compuesta de italianos, fué organizada en Barcelona bajo las órdenes de Carlo Rosselli y de Mario Angeloni. Es la columna que, el 28 de agosto de 1936, en Montepelao, frente a

(Continúa)

(1) Nino Nanetti acaba de morir a consecuencia de las heridas recibidas durante la heroica defensa de Bilbao, adonde acudió cuando la suerte de esta ciudad parecía estar en peligro.

Salido de la clase proletaria, militante del Partido comunista italiano, su figura queda entre las más simbólicas y brillantes de la revolución antifascista.